

RESEÑAS

pp. 317-341). Para ello recoge un corpus textual basándose en la calidad literaria de las obras, en autores con distintas opciones ideológicas y autores que han sido criados en España junto con autores que vivieron los hechos en primera línea con el fin de obtener una visión amplia de los sucesos. Los textos analizados son memorias, autobiografías, relatos de viaje...; es decir, narraciones retrospectivas organizadas. Así, Marta Giné-Janer analiza textos de Rocca, Stendhal, Napoleón, Quinet, Sand e Hugo. Para su análisis se centra en los aspectos descriptivos de estas obras, en la voluntad historiográfica de los autores y en los clichés que estos manejan para presentar el panorama español. Dicho análisis está a menudo combinado con la introducción de pasajes sacados de las obras originales para proporcionar al lector ejemplos convenientes con los que respaldar sus afirmaciones. Aun teniendo en cuenta las diferencias que presentan, todos los autores estudiados aportan una visión del mundo subjetiva, una visión en la que el *yo* es parte inherente en el transcurso de los hechos; no obstante, la mayoría de ellos tiene también una voluntad historiográfica, una clara voluntad de realismo; se preocupan por la situación social y política de España y presentan análisis críticos. En definitiva, para Marta Giné-Janer, «los escritores [...] son conscientes de que la palabra es un instrumento y que el estilo modifica lo que se cuenta y lo hace existir: el discurso es un poder prometeico que tanto puede ser de compromiso como de manipulación» (p. 340).

Elena Albesa Pedrola

María del Carmen HORNO CHÉLIZ, Iraide IBARRETXE ANTUÑANO y José Luis MENDÍVIL GIRÓ (eds.): *Panorama actual de la ciencia del lenguaje. Primer sexenio de Zaragoza Lingüística*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2016, 427 páginas.

Son dos aspectos los que singularizan el libro que presentamos, *Panorama actual de la ciencia del lenguaje*. El primero de ellos es su carácter divulgativo, y el segundo, su concepción multidisciplinar del lenguaje. Ambos aspectos están estrechamente relacionados con el espíritu del Seminario Permanente de Zaragoza Lingüística, pues los capítulos del presente libro constituyen una selección de las conferencias que ha organizado el grupo de investigación Psylex de la Universidad de Zaragoza a lo largo de sus primeros seis años de existencia.

En términos generales, puede decirse que el objetivo de divulgación se cumple con éxito notable, pues la mayoría de los capítulos resultan accesibles para un lector no especializado en la terminología propia de la lingüística, la genética, la matemática, la psicología o la arqueología. Igualmente, la mayoría de los autores presentan un breve estado de la cuestión de su disciplina y objeto de estudio, lo que resulta, en mi opinión, la mayor contribución de este libro: es muy difícil que el lector no se sienta atraído por, al menos, alguno de los temas que se le presentan y tome la iniciativa de llegar a conocer más sobre ellos.

Es digno de mención el esfuerzo de armonización y coordinación que los autores, pero especialmente los editores, han realizado para que un libro con las particularidades de este haya sido publicado. El trabajo se organiza en cinco partes. En la primera de ellas se presentan trabajos relacionados con la noción de lengua, como son sus unidades y niveles de análisis o sus propiedades definitorias. En la segunda parte se plantea el tema de la adquisición (o incluso la pérdida) de capacidades lingüísticas desde dos perspectivas, la biolingüística y la psicolingüística. En la tercera parte se refuerza la aproximación cognitiva a la adquisición lingüística desde el ámbito concreto de la conceptualización (del movimiento, de las emociones, etc.). La cuarta parte contiene fundamentalmente trabajos de lingüística aplicada a la traducción y a las tecnologías del habla. Finalmente, la quinta parte está dedicada a las lenguas habladas en Aragón desde el periodo prerromano a la actualidad, cuestión directamente relacionada con la temática propia del *Archivo de Filología Aragonesa*.

He decidido reseñar brevemente y de manera individual cada uno de los trabajos, en lugar de realizar una presentación más extensa de cada una de las partes, porque cada uno de los capítulos presenta unas singularidades que justifican, con mayor o menor éxito, su inclusión en ellas.

Parte I. *La lingüística y las lenguas*

El primer capítulo de esta sección, «De qué hablamos cuando no hablamos de nada» (pp. 21-32), está firmado por Antonio Fábregas. El autor plantea desde la primera página el tema de la multiplicidad de significados de las expresiones lingüísticas, lo cual resulta muy oportuno para un capítulo que tiene, a su vez, dos lecturas: para algunos lectores, el texto constituirá una introducción a un grupo heterogéneo de problemas lingüísticos convenientemente explicados en un tono divulgativo y ameno. Otros lectores, sin embargo, encontrarán una reflexión sobre la unidad mínima de construcción de significado, que para el autor es el rasgo. La intervención de los rasgos se justifica de manera desigual, debido a la diversidad de datos que se presentan (desde inferencias pragmáticas hasta selección de modos).

En el siguiente capítulo, «¿Qué es una lengua? Biología, historia y cultura en el lenguaje humano» (pp. 33-60), José Luis Mendívil y Juan Carlos Moreno desarrollan un modelo integrador sobre la naturaleza de las lenguas, un trabajo que resulta bastante representativo, en mi opinión, del espíritu del libro en su conjunto. Se acumulan argumentos en contra de algunos de los prejuicios habituales sobre las lenguas (las lenguas son herramientas de comunicación; hay lenguas más útiles y más perfectas que otras y que cuesta más esfuerzo aprender). Paralelamente, se aclaran conceptos importantes, como los de lengua natural, lengua artificial, lengua interna y lengua externa. La confusión entre dichas nociones, juntamente con la habitual simplificación de la lengua a una de ellas, obstaculizan el progreso de la lingüística aún hoy.

Sobre prejuicios y confusiones versa también el trabajo de Maria Josep Jarque, «¿Son lenguas las lenguas de signos?» (pp. 61-84). La autora reivindica la consideración de las lenguas de signos como verdaderas lenguas, pues estas no son ni artificiales, ni aprendidas ni versiones simplificadas de lenguas orales. Por ello, las lenguas signadas no son diferentes en aspectos cruciales como morfología,

deixis o adquisición. Dado que el carácter icónico de los signos o la situación comunicativa resultan problemáticos desde la célebre (y antigua) caracterización de lengua de Hockett, sería preferible usar otra caracterización de lengua (que incluya, por ejemplo, propiedades como la de recursividad o incrustación) a minimizar la importancia de los rasgos inconvenientes de la de Hockett.

Cierra esta primera parte el trabajo «Gramática y norma lingüística» (pp. 85-106) de José María Brucart. Se retoman algunas de las cuestiones del segundo capítulo, concretamente, el problema de la variación (inherente a las lenguas naturales) y cómo las obras académicas oficiales le dan cabida sin renunciar a la demanda social de prescripción, esto es, de información sobre el uso correcto o estándar (lengua artificial). El autor ejemplifica de manera exhaustiva las diferentes estrategias de descripción y prescripción de variantes, lo que me ha invitado a reflexionar sobre la asimetría entre la prescripción, que trata del mismo modo la variación sintáctica (*un/la pocola de leche*) que la variación léxica (*antiquísimo / antiqüísimo*), y la descripción, que normalmente no lo hace.

Parte II. Origen, desarrollo y deterioro del lenguaje

En el primer capítulo de la sección, «Nuevas perspectivas sobre la evolución del lenguaje» (pp. 107-136), Antonio Benítez introduce al lector en el apasionante estudio de los orígenes y evolución del lenguaje. El análisis de los componentes del lenguaje presentes en los homínidos y otras especies, así como el de sus restos fósiles, no nos permite encontrar un «ancestro común» para el lenguaje humano, pese a que otras especies presentan funciones cognitivas y aparatos fonadores similares a los nuestros. La *paleogenética* se revela entonces como un campo prometedor, si, como apunta el autor, una serie de genes relacionados fundamentalmente con la regulación del desarrollo del cerebro e implicados en la domesticación son los que nos pueden ayudar a comprender la especificidad de nuestro sistema lingüístico.

Si del capítulo de Benítez se desprende cierto escepticismo acerca de la posibilidad de que el uso (comunicativo) del lenguaje desempeñe un rol esencial en sus características, el trabajo de Javier Aguado, «Algunas ideas en torno a los mecanismos de aprendizaje del conocimiento gramatical» (pp. 137-156), defiende la idea contraria. Los experimentos del autor demuestran que la frecuencia de uso ocupa un lugar esencial en el periodo de adquisición. Adicionalmente, cita estudios que apuntan a la posibilidad de almacenar *chunks* o fragmentos de estructura. Si ello constituye evidencia suficiente para negar la existencia de una «Facultad del Lenguaje» queda al juicio del lector ya que, como el propio autor afirma, «invertimos casi todas las horas de vigilia de los niños hablándoles del modo más claro y rudimentario que sabemos» (p. 152). Con ello no impedimos que los niños acaben hablando una lengua normal. La pregunta es cómo.

En el siguiente capítulo, «Se ayuda con la mano, la boca es para hablar y la cabeza para pensar» (pp. 157-174), Ana María Piquer aplica didácticamente los postulados de la Gramática Cognitiva sobre las relaciones semánticas en el lenguaje. Muestra cómo estos pueden implementarse con éxito en la enseñanza del léxico de una lengua extranjera. Los experimentos realizados con niños desde edades tempranas constatan que estos confían en relaciones de tipo asociativo para interpretar enunciados cuyos significados desconocen, como *Hand it to*

me. Entre dichas relaciones asociativas destacan particularmente las metáforas y las metonimias. Su metodología debería ser bienvenida para complementar las actualmente usadas.

Finaliza la sección otro interesante ejemplo de trabajo aplicado, el de María del Carmen Horno y Fernando Cuetos, «Manifestaciones lingüísticas tempranas de la enfermedad de Alzheimer» (pp. 175-194), acerca del diagnóstico temprano de la enfermedad de Alzheimer. Diferentes estudios apuntan a que los problemas léxicos vinculados a la enfermedad (no recordar el nombre de un objeto, por ejemplo), que implican especialmente a aquel léxico que se ha aprendido recientemente y no se usa con frecuencia, se producen desde las primeras etapas de la enfermedad, por lo que su detección y seguimiento con pruebas sencillas y no invasivas supone un reto ilusionante. Adicionalmente, la estricta localización de los problemas lingüísticos de los enfermos de Alzheimer apoya la idea de la modularidad del lenguaje.

Parte III. *Lenguaje y cognición*

La sección comienza con el capítulo de Javier Valenzuela «Algunas capacidades cognitivas generales que subyacen al lenguaje» (pp. 195-214). Tras una clara presentación de las diferencias entre la concepción generativista y cognitivista del lenguaje, enumera algunos aspectos del conocimiento lingüístico que apoyan la segunda aproximación. Así, la sensibilidad a las regularidades y la elaboración de generalizaciones están implicadas en la segmentación de palabras, la identificación de categorías o la asignación de significados. En todas estas tareas resulta especialmente relevante la coocurrencia de elementos (sonidos, significados, etc.). Es difícil obviar el hecho de que dos de las grandes teorías lingüísticas contemporáneas avanzan hacia dominios de materialización semántica y fonológica cada vez mayores que la palabra tradicional.

En el capítulo siguiente, «Metáforas y conceptos abstractos. Las contribuciones del *Grounded Cognition Lab* de la Universidad de Granada» (pp. 215-242), Andrea Flumini y Julio Santiago nos aproximan también a la Gramática Cognitiva, esta vez desde su ámbito de trabajo más reconocible: el de las relaciones entre mundo exterior y conceptualización lingüística. Los experimentos de los autores demuestran que existe un mayor grado de flexibilidad en el uso de metáforas del que normalmente se estipula y que estas pueden estar completamente desvinculadas de su envoltorio lingüístico. Las observaciones de este trabajo son realmente interesantes y muestran que los postulados de la Gramática Cognitiva son compatibles con la defensa de cierta arbitrariedad en la relación entre las palabras y el mundo.

Cristina Soriano aborda la conceptualización en el dominio semántico de las emociones en «El lenguaje de las emociones» (pp. 243-260). Así, una común percepción de las emociones explica por qué enunciados como *hervir de rabia* están presentes en diferentes lenguas: todos nosotros percibimos la ira como un fluido que el cuerpo contiene, como un adversario, etc. Otros aspectos de la conceptualización, como la denotación exacta de *orgullo*, pueden variar en función del tipo de cultura, más o menos individualista. La *colocación* de la emoción con un predicado (*morder, contraer*) (Tabla 2, p. 248) parece ser importante a la hora de interpretar el significado concreto de la metáfora (animal, enfermedad).

Cierra esta sección el capítulo de Nuria Esteve, «La integración de gestos y habla en el discurso» (pp. 261-288), sobre el rol de la gestualidad en la expresión lingüística. El estudio revela la fuerte sincronización entre prosodia y gestualidad, ya en bebés de menos de un año, que apoya indudablemente su reivindicación como rasgo suprasegmental. La morfología del gesto y la del sonido son paralelas y desempeñan funciones similares en los actos comunicativos (énfasis, desambiguación, etc.). Resulta interesante la observación de que la integración de gestos y sonidos se produce paralelamente a la aparición de las primeras palabras, pues, de entender el léxico como una interfaz de informaciones (fonológicas, semánticas, etc.) habríamos localizado una etapa de integración de informaciones multimodales.

Parte IV. *Lingüística aplicada y tecnología*

El primer capítulo de la sección, «¿Por qué no hablan los ordenadores? Retos para la lingüística del siglo XXI» (pp. 289-312), está firmado por M.^a Dolores Jiménez, que nos presenta el *Frankenstein* particular del siglo XXI: conseguir que los ordenadores hablen como humanos. La autora enumera los logros tecnológicos implicados en el perfeccionamiento progresivo de los agentes conversacionales y de las carencias que permanecen, carencias que probablemente están relacionadas con la paradoja de recrear una lengua *natural* mediante inteligencia *artificial*. La autora confía en que los avances en el ámbito de la pragmática contribuirán a la mejora de las tecnologías del habla, aunque personalmente no acabo de ver las ventajas de que las máquinas se comuniquen como si fueran personas (imagínense la utilidad de un GPS capaz de mentirle).

El capítulo de Eduardo Lleida, «Tecnologías del habla: desenmascarando al reconocimiento automático de palabras» (pp. 313-332), no abandona el ámbito de las tecnologías del habla, aunque se centra específicamente en los sistemas de reconocimiento y transcripción. El autor explica el origen, desarrollo y funcionamiento de estos sistemas; también las diferentes formas en que sus diseñadores lidian con la infinitud discreta del lenguaje y las particularidades fonéticas de cada enunciado. Destaca como solución el uso de la matemática aplicada para identificar los fonemas de la lengua (elaborando generalizaciones a partir de sus realizaciones en extensos *corpora*) o para calcular la probabilidad de que una palabra aparezca en un determinado contexto.

El trabajo de Ana Rojo, «Con las manos en la traducción: los retos de investigación de una disciplina profesional» (pp. 333-350), aborda el ámbito de trabajo que indudablemente acude a nuestra mente cuando pensamos en el uso aplicado de la lingüística: la traducción. La autora se lamenta de la escasa visibilidad y reconocimiento social de su disciplina, que normalmente se limita a dos o tres de las modalidades de traducción con mayor presencia mediática, dentro de la enorme variedad existente que se recoge en el trabajo. También se hace eco de la tensión existente entre los ámbitos teórico y práctico de la traducción y se enumeran algunas de las principales líneas de investigación en un campo de estudio todavía incipiente.

Rosario Caballero pone fin a esta sección con un capítulo dedicado a la noción de género, «Géneros del discurso y enseñanza de lenguas» (pp. 351-370). Tras un exhaustivo repaso de la evolución del concepto, señala cómo este se ha

adaptado a las necesidades comunicativas de las últimas décadas. Así, predominan actualmente dos vertientes de análisis, una orientada a la tipología textual y otra a los procesos de socialización. La vitalidad contemporánea de la noción de género queda justificada cuando pensamos en la planificación de la enseñanza de una lengua para ámbitos de trabajo específicos, por ejemplo, el de las relaciones comerciales, siendo esencial el dominio de sus convenciones genéricas.

Parte V. *Reconstruyendo el pasado lingüístico de Aragón*

En el primero de los dos capítulos que integran esta sección, «¿Qué se hablaba en Aragón antes de la romanización?» (pp. 371-402), Carlos Jordán presenta las variedades lingüísticas prerromanas que se hablaron en las actuales tierras aragonesas. Gracias a restos arqueológicos con inscripciones —entre las cuales abundan antropónimos y topónimos— podemos deducir algunos de los fonemas, morfemas y palabras de las lenguas ibérica, celtibérica y vascona. Resulta fascinante descubrir cómo parte de las actuales localidades de Aragón aparecen ya mencionadas en estos escasos y enigmáticos testimonios de nuestra historia, desconocidos, desafortunadamente, por gran parte de los aragoneses.

En esta contribución se pone de relieve el protagonismo de la diversidad lingüística en todas sus vertientes. El lector descubre la coexistencia de hasta cuatro alfabetos, entre ellos el peculiar *silabario hispánico*; la variedad de motivaciones comunicativas (ritual, cotidiana, comercial), el uso de soportes heterogéneos (bronces, monedas, epitafios, cerámicas), etc. A todo ello, hay que sumar las continuas alusiones que el autor hace a las hipótesis que se plantean de cara al análisis de, por ejemplo, el significado de una expresión particular, su posible pronunciación o etimología e, incluso, a su relación con expresiones conocidas en las lenguas modernas. En resumen, en este trabajo puede encontrarse tanto un exhaustivo estado de la cuestión como una reivindicación del rol que Aragón, en tanto que enclave geográfico privilegiado, está llamado a desempeñar en los estudios sobre la diversidad lingüística y el contacto de las lenguas prerromanas.

En el segundo de los capítulos, «Tres hitos en la historiografía de las lenguas minoritarias de Aragón» (pp. 403-427), José Luis Aliaga, Javier Giralt y M.^a Teresa Moret ponen broche de oro al presente libro, familiarizando a los lectores con la evolución y relevancia histórica y actual de las lenguas minoritarias de Aragón. Aragonés y catalán llegaron a ser lenguas oficiales de la cancillería durante la Corona de Aragón, aunque su presencia esté ensombrecida por la hegemonía del latín, antes, y el castellano, después. El impulso nacionalista del siglo XIX no supuso una revitalización de las lenguas propias de Aragón comparable a la de otras comunidades, pero aparecieron las primeras instituciones y particulares que se interesaron en documentarlas y preservarlas. La llegada de la democracia en el pasado siglo supone una esperanza actual para la normalización política y lingüística de aragonés y catalán en Aragón.

Hay varios aspectos que destacar de esta contribución. El primero de ellos es que la asociación una lengua/un territorio no es ni necesaria ni cierta: un periodo, si bien es verdad que breve, de la historia de la Corona de Aragón, es testimonio ejemplar de la posibilidad de bilingüismo e incluso plurilingüismo institucional simétrico y no-discriminatorio. El segundo es la influencia determinante que

episodios históricos específicos (un traslado de una corte, un matrimonio real, la secularización del notariado, un cambio de gobierno) tienen para la evolución, desarrollo e incluso desaparición de comunidades enteras de hablantes de una lengua. El tercero, de gran relevancia presente, es la enorme influencia, y responsabilidad, de las élites políticas e intelectuales, no ya sobre la supervivencia de las lenguas minoritarias, sino sobre la propia percepción que los hablantes tienen sobre ellas y sobre el papel que desempeñan en la constitución de su identidad.

En conclusión, *Panorama actual de la ciencia del lenguaje* es una obra totalmente recomendable para aquellos lectores que deseen acercarse al estudio actual de las lenguas. El libro constituye una primera aproximación de gran valor a diversos ámbitos de la lingüística general, cognitiva y aplicada. Muchos de sus contenidos pueden ser de utilidad para docentes de secundaria y bachillerato, sirviendo de puente entre la investigación y el aula. Sus capítulos, además, pueden ser provechosos para los lectores interesados en la dimensión sociocultural de las lenguas, en el papel que estas desempeñan en la manera en que pensamos el mundo que nos rodea o en la construcción de nuestra identidad personal y colectiva.

Este libro está llamado a ser *actual* en otro sentido, en un momento crucial para la situación lingüística de Aragón. Años de esfuerzo e iniciativas encaminadas a la protección de las lenguas propias se encuentran en situación de riesgo por la identificación entre lenguas e ideologías que se difunde en los medios y fuentes de comunicación, acompañada de la estigmatización del plurilingüismo regional. Solo el conocimiento de los datos, la información contrastada, a los que contribuyen, en definitiva, las páginas de este libro, suponen una esperanza de consenso y respeto en una época donde la opinión cobra protagonismo en detrimento de la verdad científica y objetiva.

Bárbara Marqueta Gracia